

Madrid Cómico

Director SINESIO DELGADO

EFECTO DEL CICLON



El guardia doce mil diez
cumplía su obligación,
cuando le sorbió el ciclón
junto á la calle del Pez.

Llegó al confín del Mogol,
y al verle tan distinguido,
los de allí le han confundido
con un sobrino del sol.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taborda.—El ciclón, por Ricardo de la Vega.—Misericordias humanas, por José Estremera.—LAS VIRGENES LÓCAS. Capítulo segundo. *En que se sabe que algunas Virgenes locas eran locas, pero no vírgenes*, por José Oriega Munilla.—¡Hala, hala!, por Sinesio Delgado.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Efectos del ciclón.—De tiendas.—Vendedores ambulantes, por Cilla.



Los que esperaban que el día 20 se verificaría la segunda representación de la tan aplaudida trombra, se han llevado chasco.

A Dios gracias, no ha habido nuevos ciclones, apesar de los augurios lastimeros de las personas tristes. Los tristes son unos seres que se pasan la vida deseando tener un dolor para desatarse en improprios contra su negra suerte, y cifran todas sus aspiraciones en poner de mal tante a la humanidad entera.

—¿A ver? ¿Qué es eso que tiene V. en la mano?—preguntan á lo mejor.

—¡Pchs! Un granito—contesta el interpelado.

—¡Caramba!

—¿Por qué dice V. caramba?

—¡Hombre! Porque esos granos al principio no son nada y después... Un amigo mío tuvo una vez un grano y se fué con él á tomar chocolate á casa de Doña Mariquita... ¡Ya ve V. qué barbaridad! Pues bien; á los ocho días, en el café, tuvieron que cortarle la mano unos amigos al ver que se le ponía como una bota.

El del granito palidece y comienza á sufrir y á intranquilizarse, y esto es, precisamente, lo que desea el hombre triste.

No hay necesidad de preguntar á cualquiera de estos sujetos qué tal siguen de salud y cómo están de fortuna. Ellos contestarán siempre:

—Mal, muy mal. No hay quien me quite de la cabeza que tengo algo en el hígado. ¡Si yo pudiese hacer que me lo limpiaran como quien limpia una merluza!

—¿Y de dinero, cómo estás?

—No puedo estar peor. Dentro de poco tendré que mantener á mis hijos con las obleas de la oficina... ¡Estoy ya en la penúltima miseria!

Ahora, con motivo del ciclón, los tristes andan por ahí diciendo que va á repetirse el espectáculo; que lo saben de buena tinta y que esta vez viene con doble fuerza, porque los ciclones, en cuanto le toman el gusto á las catástrofes, no hay quien los contenga.

—Pero, ¿es verdad lo que V. dice, Pejerto?—exclaman las señoras tímidas.

—¡Vaya! Tenga V. valor ¡qué demontre! Así como así, no hay medio de evitarlo.

—Pero, ¿será tan fuerte como el del otro día?

—Más.

—¿Y V., por quién lo sabe?

—Por uno que tiene ropas hechas en la calle del Humilladero.

—¿Es astrónomo?

—No, señora, es tío de uno del Observatorio que conoce á las estrellas como si las hubiese dado á luz, y sabe del pie que cojea cada una.

—¡Ay, Dios mío!

—Además, se habla de una lluvia de fuego, que habrá el martes á las siete y cinco minutos de la noche.

—¿De fuego?

—Sí, señora; caerán aereolitos en combustión.

—¿Y eso que es?

—Un aereolito es una especie de panecillo largo, forrado de piedra.

—¡Qué horror!

* *

Ya se han acabado los héroes, al menos por unos días. En cuanto vuelvan á ocurrir desgracias, vendrá la prensa dando á luz nombres y nombres de personas abnegadas, que han expuesto su vida por salvar la del prójimo.

Aquí, ya se sabe, los sucesos tristes producen siempre héroes asombrosos. Se hunde un edificio, sepultando á cuatro ó cinco familias; los ánimos se apenan; los periódicos, con sus descripciones terroríficas, consiguen que á todos se nos pongan los pelos de punta; extremécense las señoras; lloran los niños; sufren las doncellas de labor, ó laborables; agítanse los animales domésticos, desde el gato hasta la cocinera, y por todas partes cunde y se propaga la amargura. Pero ¡oh, asombro! la prensa refiere al mismo tiempo que un concejal, ó un senador, ó un veterinario, han acudido al lugar de la catástrofe, como un solo hombre, y que allí, dando muestras de un heroísmo impropio de sus años, han repartido pitillos entre los supervivientes, enjugando lágrimas, dictando órdenes y metiéndose los pies en los charcos, sin reparar en que podían coger un catarro.

Desde aquel punto y hora, Europa entera sabe que las desgracias han sido muchas, pero que aquí brotan los héroes como los garbanzos de Fuente Saúco, ó el trigo candial, y que esta es la tierra clásica de las autoridades valerosas.

Las familias de estos héroes de distrito se llenan de orgullo, y guardan los sueltos de los periódicos para remitirlos á sus deudos y amigos ausentes, y muchas llegan hasta celebrar el suceso con una comida de confianza, en que se pronuncian brindis entusiastas como este:

—Brindo por Periquito, para que en el ciclón del año próximo salve veinte ó treinta vidas y le saquen retratado en *Las Ocurrencias*.

Periquito, levantándose con la copa en la mano:

—Señores: La acción por mí realizada no merece, ciertamente, los elogios que me tributáis; que me ha tributado la prensa; que mañana me tributará Europa, si á mano viene. Yo, como hombre público, me debo á las lavanderas.

Los *bravos* no permiten continuar al orador; su mamá, loca de alegría, le besa con frenesí; una cuñada, en el colmo del entusiasmo, le arroja á la faz medio panecillo francés, y los demás parientes le estrechan contra sus brazos, llamándole modesto y hombre desinteresado, á par de valeroso.

—Parece mentira que no solicites la cruz de Beneficencia—le dice uno.

—Yo no pido nada—contesta él, poniendo la mano sobre el corazón.—Me basta con la consideración pública.

—Porque eres demasiado bueno y no te gusta darte tono, que si no...

—Si buenamente quisieran condecorarme, yo no lo rechazaría...

—¡Viva Periquito!

—¡Viva!

Lo que tiene es que como aquí los héroes se renuevan cada ocho días, resulta á lo mejor, que pasan de moda, y ya nadie se acuerda de sus sacrificios.

Por eso dicen algunos:

—La gloria es deleznable. Cuando á mí se me rompió esta uña el año 83, por querer salvar á un aguador que se había tragado el tapón de la cuba creyendo que era carne de membrillo, la prensa me elevó á los cuernos de la luna. Ahora he querido presentarme senador por Casavieja, y por poco me da dos bofetadas un compromisario.

* *

En cuanto á los versos, son pocos los que me gustan, y dispénsenme los poetas de menor cuantía.

Por eso he leído con escama al principio, con deleitación después, el tomo de composiciones festivas de D. Joaquín Angoloti, titulado *Versos*.

Versifica con facilidad y donaire; no abusa de los rípios, y tiene toda la gracia que yo para mí deseo.

En fin, si no me hubiese remitido su obra, creo que hasta llegaría á comprarla.

Que es cuanto puedo decir en elogio del Sr. Angoloti.

LUIS TARDADA.

EL CICLÓN

Mi amigo don Juan Viniestra, que con bastante trabajo vive en Carabanchel bajo con su mujer y su suegra, es el ser más infeliz que ha echado á este mundo Dios; porque las tiene á las dos montadas en la nariz. La suegra en muge y caraba la arena con cara torva; y tiene la nariz corva y puntiaguda la barba. Sus uñas, garras malditas, y no se las corta nunca. Su boca es una espelunca; sus dientes estalactitas. El que un rato se consagre á mirar sus ojos rojos, podrá observar que sus ojos lloran aceite y vinagre. Cuando riñe con su yerno, ruge como una pantera; y el yerno se desespera, y la casa es un infierno. ¿Pues y la mujer? ¡El quitó suda el infeliz Viniestra! Porque si es mala la suegra; la esposa es por otro estilo. Alta, rubia, ojos azules; muy aficionada al drama; lee novelas en la cama envuelta en gasas y tules. Vive en un continuo *jay!* y tiene arranques soberbios, y le atacan á los nervios las obras de Echegaray. Se pone como una arpa si su esposo la hace un mimo; y tiene además un primo capitán de infantería. En constante sobresalto se ve el desdichado Juan, porque el joven capitán vive en Carabanchel alto. ¡Pobre Juan! ¡Está en un potro! ¡No sé cómo lo soportar! ¡Y la distancia es tan corta de un Carabanchel al otro! —«Aurora: desde mañana no vas á ver á tu primo. Yo le respeto y le estimo, pero no me da la gana. Del *hijo* Carabanchel al *hijo* no volverás; ya lo sabes, y no hay más. —¿Qué dices, hombre cruel? —Que no quiero infantería! Yo he sido siempre pausado!

—«Es un pariente cercano!
¡Es un hijo de mi tía!
—¡Es un hijo del demonio!
—¡Mamá, mamá! ¡Monstruo! ¡vándalo!
—¡Adiós! ¡Ya se armó el escándalo!
¡Reniego del matrimonio!...—
Se presenta furibunda la suegra: con Juan se encara: coge después una vara y quiere darle una tunda. Juan escapa como un rayo de aquella horrenda Babel, y huye de Carabanchel el día doce de Mayo.

.....
Triste, mustio y cabizbajo. Juan por Madrid discurre, mientras el ciclón hundía medio Carabanchel bajo. Sábelo Juan, y «¡Dios mío! grita. «El alma se me alegró ¡Habría cogido á mi suegra! ¡En ti, gran Señor, confío!» Y por el camino aquí, como una locomotora llega en menos de una hora al *bajo* Carabanchel. Entra en su casa de un salto: su familia no está allí. —«¡Ay, desdichado de mí! ¡Está en Carabanchel alto!» — A escape como un lebré, y sufriendo la tormenta, llega en menos que se cuenta al *alto* Carabanchel. Allí, en dulce compañía y de un árbol al árbol, están su esposa y el primo capitán de infantería. —«¡Un volcán arde dentro! ¡Mi honor contigo se fué! ¡En el *bajo* te dejé y en el *alto* te me encuentro! ¡Infel, te voy á matar!... —¡Perdón, esposo, perdón!... ¡Me ha trastornado el ciclón sin poderlo remediar!.....
No lo creyó Juan Viniestra, y huyó de Carabanchel. Lo que no se sabe es el paradero de su suegra. Pero yo á decir me atrevo sin miedo á equivocación, que se la llevó el ciclón para engañar un nuevo.

RICARDO DE LA VEGA.

MISERIAS HUMANAS

En lo mejor de su edad fué rufiana quedó Lucia, y la recogió su tía, la excelente Caridad.

Tuvo Caridad á gloria, entre amigos y parientes, hablar de sus acendradas y enseñar su ejecutoria.

Pequeñitas con las dotes era mujer ejemplar se soñó consolar de la falta de metales.

Y como cumplir deseos con su ascendencia gloriosa, fué siempre muy virtuosa, ¡y hay quien dice que muy fea.

Con tierna sollicitud enseñó, día tras día, á la inocente Lucia la honradez y la virtud.

Lucia, lejos de ir tras los gustos de su edad, se vivió en la necesidad de cuidar para vivir.

Ella, más que en la costura, pensando en ocultos anhelos, decía: —«Para qué el cielo me ha dado esa hermosura!

Me adige mi triste suerte y el porvenir me intimida; Señor, Señor, á esta vida se prefiere la muerte.»

Era un buen mozo Ruperto; amaba mucho á Lucia, pero el pobre no tenía sobre qué casarse muerto.

Y en él, la niña preciosa halló un oasis divino en el árido camino de su vida rigurosa.

Lucia, ajena quizás á los mundanales bienes, no preguntó: «¿cuánto tienes?» sino «¿cuánto me querrás?»

Tras de palabras explícitas y propicias ocasiones, pronto aquellas relaciones se trocaron en ilícitas.

Como él era un caballero, se pensó en el matrimonio; pero, ¿cómo, si el demonio dió ocasión y no dinero?

Al saberlo Caridad se puso hecha un basilisco, y se armó en la casa un cisco que alarmó á la vecindad.

—«¡Tú cometer tal ultraje, tal infamia, tal baldón! ¡Tú echar tan negro borrón sobre mi limpio linaje!

¡Tú, en este dolor profundo sumes á un estirpe clara!

¡Tú sin honra! ¡Con qué cara me presento yo en el mundo! ¡Vete, sierpe venenosa que yo en mi seno he abrigado, que no quiero yo á mi lado mujer tan pecaminosa!

Así aquella criatura en la calle se vió un día, y como que no tenía más bienes que su hermosura, á costa de ella vivió; estuvo al primer amante. Este, digno ó inconstante, al cabo la abandonó.

Tras subidas y bajadas, hoy la niña encantadora es toda una vengadora de las más encopetadas, gracias á la complacencia de un hombre de gran caudal; él se queda sin un real y ella vive en la pléncia.

Esto nadie lo creería, pero es la pura verdad: ¡hoy he visto á Caridad en el coche de Lucia!

JOSÉ ESTREMEZA.

LAS VÍRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO SEGUNDO

En que se sabe que algunas vírgenes locas eran locas, pero no vírgenes

Hubo en el ánimo de la Condesa un momento de desesperación. Sus ojos cerrados veían el espectáculo interior de su desdicha, el Marqués herido goteando sangre y lágrimas, y aquellos campos cubiertos de su imaginación, antes sonrosados y frescos, todos cubiertos de crepones y de nubes negras. Entonces midió toda la extensión y comprendió toda la profundidad de su amor á Julián de Santurce. Ante su cadáver contempló el cadáver de su alegría, y cerca de aquel tronco cercenado creyó ver revoloteando los ángeles protectores de su vida, revoloteando y desvaneciéndose en su dolor como aves heridas que al caer vuelan y al volar mueren. En rápida visión cruzó ante sus ojos el pasado de aquellos amores, puros por parte de la Condesa, llenos de arrebatos sensuales por parte de Santurce. Ella era la blancura de la nieve; él era el incendio voraz que destruye y amenaza. De entre aquellas nubes de duelo surgió un relámpago, un relámpago de duda. La escena que había precedido á la inmolaición del Marqués, la acusación formulada por Elena de Coto-Cerrado ante el tribunal de las Vírgenes de Chamberí—porque Elena fué la que causó la trágica muerte de Santurce—el airado tono en que ésta habló, no eran motivos suficientes para que la Condesa del Jaral sintiera clavarse en su alma el aguijón de los celos: Lucharon un momento en ella este afecto, que es todo egoísmo, y la compasión, que es todo generosidad. ¿Sería cierto que Santurce, olvidando su amor á la Condesa, había dado, no sus caricias, que esto era grosero deleite, sino el alma, á Elena de Coto-Cerrado?... ¿Habría hecho traición á las celestiales ansias de la Condesa aquel hombre apasionado, y habría sido incapaz de contentarse con lo que más vale del amor, con lo eterno? ¡Ah! esta sospecha hirió en pleno corazón á la Condesa, y toda la piedra que sentía por él muerto, toda la desesperación de haberle perdido, toda la tristeza en que estaba sumido su espíritu, se condensaron en una nube de odio. Elena, Elena le había arrebatado á Julián! ¡Si aquella infame había sido más dichosa que ella! Había dejado impresa su imagen en la memoria de Santurce, y en la eternidad de la vida á que había volado la conservaría para siempre, como el metal conserva la huella del beso del último troquel que le oprime.

No era la Condesa mujer que se anduviera con vacilaciones. Tanta un plan de astucia digno de la culebra del Paraíso. Viólose rápidamente. Echó sobre sus hombros una rica capa de raso farrada de *petit gris*, colocó sobre las negras ondas de su pelo un sombrero, y con un movimiento de suprema gracia saltó del gabinete. El coche la esperaba en el zaguán. Púsose en marcha la enorme y lustrosa bestia que iba presa en el correaje de la limonera, y bien pronto llegó á donde iba. Era un

(1) Véase el número anterior.

DE TIENDAS



—Cada tiesto es diferente
y hay flores donde escoger.
—¿Y los puede usted vender
todas... absolutamente?



—Dos madejas de algodón.
—Y aunque sea una remesa,
y el alma y el corazón!
—¿Y qué hago luego con esa
cara de melocotón?



—Me paice un poquito holgada.
—Todas se llevan así.
—No; si no me importa nada.
¡La cuestión es que en Villada
conozcan que es de Madrid!



—No; basta, ya me he enterado,
me voy á la Castellana
Manden ustedes mañana
un decímetro cuadrado



—¡Qué gangal! «Consejos
para hilar con rueca»
¡Esto no lo tienen
en la Biblioteca!

Pilla

chalet de los de nueva construcción, que ponen término al Paseo de la Castellana.

A la derecha se extendía la llanura del Hipódromo—esa lonja de la chalanería elegante, ó si se quiere dulcificar la frase, de los gitanos blasonados,—y el sol se ponía tras las cimas de Canillejas. Los arbolitos recién plantados en la ancha vía diseñaban sus rectos troncos en dos filas paralelas, arrojando al suelo las sombras de su seco y esquelético ramaje. Las desigualdades del terreno brillaban con el reflejo sacarino de la escarcha. Avicinábase una noche de invierno cruel, helada, en cuyo seno las estrellas tiemblan de frío, y los físicos exhalan su último aliento.

La Condesa del Jaral entró en el *chalet* y pronto estuvo en el gabinete donde se hallaba Elena de Coto-Cerrado.

—¡Mi querida Condesa! —dijo Elena.

Besó á la Condesa en la mejilla derecha, y si es posible concebirla que una hoja de rosa hiera, entonces será posible referir cómo Elena se retiró bruscamente al contacto del rostro de la Condesa.

—¡Infame!... —balbucoó la del Jaral.

—¿Qué pasó? ¿Qué ha sucedido? —repuso trémula la del Coto-Cerrado.

La Condesa dió un paso atrás. Irguióse, adelantó su mano derecha, que era una joya de marfil, cetro que hubiera envidiado Venus, y dijo con enérgico acento:

—Lo sé todo. Es inútil que me engañes. No sólo has faltado á mi amistad, sino á la religión sagrada en que vivimos.

—¿Qué dices?... ¿Qué horrible pensamiento te domina?

La Condesa, dispuesta á mentir para arrancar la verdad á su enemiga, dijo:

—La venganza... Julián de Santurce ha sido tu amante... Lo sé... Julián de Santurce ha sido dueño de tu cuerpo y de tu alma... Te ha adorado con un amor en que los cielos mezclaban sus resplandores y la materia sus impurezas. Has sido suya... Ya no puedes pertenecer al cenáculo de las puras, á la congregación de las impolutas... Él, él mismo me lo ha confesado en el momento de suprema verdad que acompaña á la agonía. Mientras su sangre, roja y trasparente como rubíes disueltos en luz, corría de aquel hermoso cuello, sus palabras iban enviándome á mí su última confesión.

Elena no contestó ya ni con palabras, ni con ademanes. Quedó muda, anonadada, trémula. Su preciosa nariz, para la cual parecía haber inventado Fiora el perfume de los jazmines, moviase con las palpitaciones de sus dos alillas rosáceas.

—¿Qué horror!... Tu crimen es terrible —exclamó la Condesa.

—Sí, lo reconozco... lo declaro... pero tú no serás tan cruel que me entregues á la venganza de nuestra secta. Las Vírgenes locas me matarían. He manchado el cenital albo que hemos heredado de las Vestales... ¡Perdón, perdón!

Y al decir estas últimas palabras se arrojó sollozando á los pies de la Condesa.

De los labios de ésta brotó una horrible carcajada.

—¿Perdón, dices?... ¿Y la sagrada inviolabilidad de las Vírgenes locas?

—¿Una hora de arrebató me la ha hecho perder!

—¡Infame!... ¡Impura!... Ya no eres digna de figurar en nuestra secta. Ya perteneces á la congregación de las *Perdidas del Espíritu Práctico*... Y aun cabría en mi pecho la compasión si no hubieses acusado falsamente á Julián de Santurce. Pero tú, no sólo me has arrebatado su cuerpo, sino su alma, y además le has hecho morir...

—También la venganza me ha impulsado.

—¿La venganza?

—Sí; él te amaba á ti. Satisfecho, ó mejor, harto de mi hermosura, quería volver á ti, y yo no he podido resistir tal mudanza de afectos. Me he dicho: «Que muera antes que ser de otra.»

—Tú morirás también.

—No, por piedad. Su cuerpo ha sido mío, su alma, no; ya lo ves, puesto que por no serlo ha perecido. ¿Tú no aseguras que lo único que de él anhelabas era el alma?

—¡Estúpida!... Su alma por de pronto... Su cuerpo era el premio que yo reservaba para mi conciencia... Mi venganza caerá sobre ti... Morirás una y cien veces, lo juro.

Y diciéndolo, saltó del *chalet* la Condesa del Jaral.

El coche en que iba la Condesa salió al galope. Pronto llegó á la calle de Embajadores. Allí se apeó la noble dama y entró en una casa de pobre aspecto.

—¿Vive aquí el Dr. Antesfakire?

—Sotabanco de la derecha —contestó la portera.

En misera habitación, con pocos y deslucidos muebles estaba un viejo, cuyo rostro era una mezcla de canas y de arrugas. Vestía el anciano un amplio gabán verde, y llevaba en la cabeza un gorro turco. Sus ojos tenían una sjeza de estatuas.

—¿En qué puedo servir á la señora? —dijo la momia del gorro turco.

—¿Sé quién es V. Cuando llegó á Madrid vino recomendado á las Vírgenes locas por las *Odaliscas incombustibles* de Connecticut. Se le socorrió. Usted pasa una vida oscura. Ni sus misterios de V. lo son para nosotras, ni los de nosotras para V.

—¿Qué desea V. de mí? —repuso el doctor levantándose de su asiento con ademanes respetuosos:

—Una vida.

—La mía estoy dispuesto á darla á las sagradas representantes de la pureza.

—No es la suya la que pido, sino la de un hombre que ha muerto.

—Poseo los secretos del viejo Fakir Rameniaona, que cortaba en diez pedazos una serpiente, y luego unía los pedazos y salta la serpiente andando; pero de resucitar hombres sé poco. En fin, señora, ordene V., espero su mandato.

—Pues sígame V.

.....
Dos horas más tarde —eran las doce de la noche,—el doctor Antesfakire y la Condesa estaban en el depósito judicial de cadáveres.

—¡Horror! —exclamó el doctor al ver el destrozado cuerpo de Santurce. —Esto no tiene pies ni cabeza.

Había llevado consigo en una gran cartera frascos, bisturís, vendajes; pero al ver que se trataba de un hombre despedazado, todo lo arrojó de sí, y con los tatarretes, la esperanza de éxito.

La Condesa le rogó que agotara sus recursos.

—Reconozca V. el cadáver. Vea V., este es el tronco y en este paquete están la cabeza, los pies y las manos.

Hízolo así el doctor, y apenas había puesto sus manos en el cuello de Santurce, dió un gran grito.

—Reconozco la venganza. Las Vírgenes locas han matado á este hombre... Yo le salvaré.

Y diciéndolo, empezó á despegar del cuello del cadáver el botón que lo reunía. Apenas se desprendió una pequeña partícula de aquella parte, la sangre surgió en chorro, caliente y roja.

No es posible describir la escena, que fué rápida. Además, no nos permite contemplarla lo escaso de la luz que arroja un farolillo que el guarda del depósito dejó sobre la mesa de autopsias. Lo que sí puedo asegurar, es que el doctor ajustó los pies y las manos en los muñones y colocó la cabeza sobre los hombros del cadáver.

Allí anduvo haciendo operaciones que tenían algo de la ciencia quirúrgica y del arte de los ensalmos; vertió esencias de olor muy malo; sopló en el aire; dió papirotazos en la nariz de Santurce; sujetó con fuertes vendas los órganos reconstituidos. Y después.....

Entró á toda prisa el guardián del depósito, diciendo:

—Por Dios, señores; váyanse en seguida, que viene la ronda de vigilancia y nos llevará á todos á la cárcel, si nos sorprende profanando cadáveres.

—Solo falta un detalle —dijo el doctor,—la vida.

Una inyección de cierto licor de oro que practicó en la yugular animó aquel cuerpo.

Ensangrentado, sujeto con vendas, monstruoso, se incorporó Santurce. Lanzó un suspiro, dió tres pasos y cayó en brazos del doctor.

—Vamos, vamos —dijo la Condesa, que hasta entonces había permanecido callada á consecuencia del espanto y del horror.

El doctor, llevando casi en brazos á Santurce, cuando los tres personajes traspusieron las tapias del cementerio del Sur é iban á entrar en el coche de la Condesa, exclamó dando una patada en el suelo:

—¡Maldición!

—¿Qué ocurre? —dijo la Condesa.

—Que como en aquel maldito pudridero había poca luz, por un error de ajusté le he puesto á este caballero la cabeza al revés.

(Continuad.)

J. ORTEGA MUNILLA.

¡HALA, HALA!

Dejó la ropa en la orilla y me lancé á la corriente, para que viera la gente los honores que da Castilla.

Ríese al verme la tropa, y hubo personas honradas que me tiraron pelotas y me quitaron la ropa!

Pero yo, que no soy blando para los golpes de zudacia, y no creo en la desgracia del que no le va buscando,

segui atravesando el río sufriendo días acingos, y pasando muchos tragos de pata y muy asno mío.

Porque al punto en que se chocó con el canal de la villa, en ese punto se desquidó se llenó de agua la boca.

Además, ¡hay tantos peces! ¡Está aquel cauce tan hondo. Yo estuve al voy á fondo lo menos docientas veces.

Y para acabar la fiesta,
he logrado echar el guante
á un junquillo vergonzante
que flota en la orilla opuesta.

El caso es apuradillo,
y como mi gente sabe
que va á pasar algo grave
si se me rompe el junquillo,
—¡Socorro!—grito á mi gente—
¡ya que me falta tan poco!—
Los que más, contestan:—¡Loco!—
Los que menos:—¡Imprudente!—
Si lo quiero, que lo gane
ó que me rompa el bautismo...

¡Siempre el maldito egoísmo,
que mala bomba le aplanel!
Y yo, que estoy desangrado,
y sin fuerzas, y abastido,
y ni sé cómo he podido
llegar á donde he llegado,
no he de dejar de luchar
casi á la boca del puerto,
y más cuando sé de cierto
la ayuda que he de esperar.
Podrá entumecerme el frío
y podrá el agua cegarme,
pero ahogarme, ¡qué he de ahogarme!
¡primero me sorbo el río!

SINESIO DELGADO.



Ciento y tantas quejas hemos recibido esta semana de suscritores y corresponsales. ¡Parece que el número anterior no le ha recibido nadie!

Ya sé yo que no andan aquí muy bien los correos, pero también me escamo un tantico de mis simpáticos favorecedores...

¡Porque esto de la novela de *Las Virgenes locas* es una golosina tan apetecible!

Ya me han entendido VV., ¿verdad?



Hoy se debe publicar el número de *La Ilustración* correspondiente al día 22.

Apostaría cualquier cosa á que trae unos versos de Grilo celebrando el natalicio de S. M. ¡Milagro será que me equivoque!



Ahora le ha entrado á *La Correspondencia* la fiebre moralizadora.

No hace muchas noches leí un extenso suelto poniendo como ropa de pascua á las empresas de teatros que terminan sus funciones después de las doce, bajo pretexto de que á los padres de familia honrados les queda poco tiempo para dormir.

Estas tonterías se deben á *Asmodeo*, que siempre se está metiendo en lo que no le importa.

¡Como si aquí hubiera tantos honrados padres de familia!
Me hace mucha gracia esa moralidad á tanto el renglón.



Cruz, amante de Capuz,
vive en la calle del Cid,
y sin salir de Madrid
va Capuz á Ver á Cruz.

VICENTE D. DE TEJADA.



LIBROS.—*Rosquillas del santo* se titula el tomo VIII de la «Biblioteca festiva» que publica el distinguido escritor D. Francisco Arechavala con extraordinaria aceptación. Contiene, como los anteriores, deliciosas composiciones cómicas, y se vende á 50 céntimos.

Poetas escogidas de D. Juan Martínez Villergas, magnífica edición costeada por el Casino español de la Habana, en honor del primero de nuestros escritores satíricos.

No creo preciso recomendar esta obra, que es una joya de nuestra literatura festiva.

Consta de dos tomos, y se vende en las principales librerías de Madrid y provincias.

Si no se agota la edición inmediatamente, será señal de que aquí se ha perdido por completo el buen gusto.

Versos se titula un elegante folleto que acaba de publicar D. Joaquín Angoloti. Contiene una colección de poesías originales, en las que revela el autor gran facilidad y exquisito gusto. ¡Así se empieza!



Cuenta el maleta Teodoro
que una vez en Castro-Fuerte
estuvo casi á la muerte
por atracarse de toro.

Y según me han enterado,
el muchacho no mintió;
pues de toro se atracó,
¡pero de toro... estofado!

ANGEL CAAMAÑO.

Mecachis, el popular dibujante de *La Caricatura*, ha expuesto unas preciosas caricaturas en barro en el establecimiento *La Pajarita*, de la Puerta del Sol.

Mecachis está empezando á cultivar la escultura, y resulta un escultor cómico de primera fuerza.

¿Que no? Vayan VV. á ver los barros.



Abrió la criada,
y entró mi casero
trayendo el recibo
del mes que le debo.

Metí en el bolsillo,
temblando, los dedos,
y henchido de pena
le di su dinero.

Y así digo siempre
que el caso recuerdo:
¡Dios mío! ¡Qué triste
se queda el chaleco!



En un examen de medicina:

—Un caballero está gravemente enfermo; padece de neuralgias horribles. Va V. á verle como médico. ¿Qué le mandaría V. para calmar los dolores?

—Pues... un calmante.

—¡Muy bien! Y luego ¿qué le mandaría V.?

—¡La cuenta!



¡Cuántas gentes en el mundo
llevan desnudas las piernas,
unos por falta de medios
y otros por falta de medias!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. V.—Madrid.—Todo ello resulta inocente. ¿Qué le hemos a hacer?

Coana.—Se libra V. de un vapuleo, por ser el primer trabajo. ¡Lo que es el segundo!... ¡Vaya un soneto!

Sr. D. J. O.—Bilbao.—Recibida la colección. Gracias.

El Independiente.—Floja, y eso lo ha dicho todo el mundo.

Sr. D. J. V.—Madrid.—No ha cabido y se pasó la oportunidad. Lo siento.

Sr. D. J. M. de L.—Sevilla.—Entró en turno, con algunas correcciones.

Incógnito.—Valencia.—No, fuerdecitos, no; todo lo contrario.

Cualquiera.—Esas cosas así, que parecen letrillas, pasaron de moda, para no volver... ¡afortunadamente!

Sr. D. P. C.—Pamplona.—Toda la segunda parte es mediana y vulgar. La primera es aceptable.

Suculento.—¿Para qué se ha molestado V. en hacer esas pequeñeces?

Chinchilla.—Pamplona.—V. ha querido hacer un soneto, ¿verdad? Pues los versos de los sonetos suelen tener doce sílabas. Es un consejo.

Canito.—Hay dos que se podrían aprovechar, ¡pero son tan subidos de color!

Kodoul.—¿Que no quiere V. *retribución*? Contribución habrá V. querido decir. Porque eso merece todo género de gabelas.

Latoia.—Guadalajara.—Pues claro que fué errata. Los cajistas escribieron *forman por tornan*. Pues si por aquí tratamos mucho á Lope de Vega!

Sr. D. J. P.—Madrid.—Floja.

Segundo.—Hay que tener cuidadito con las parodias, porque se recuerda en seguida el original y resultan pálidas.

C. D.—Babia.—Los chistes son groseros y forzados. Suponiendo que fueran chistes.

Sr. D. M. C.—Madrid.—Eso me parece mucha formalidad.

Un discípulo.—Santander.—¿No contesté? Pues es que no recibí la carta, porque aquí se contesta todo.

Sr. D. A. M.—Madrid.—Aquella contestación á López Silva ha perdido la oportunidad. ¿No le parece á V.?

P. Pito.—Reinos.—¡Escribir desde Reinos

y enviarnos un cantar,

para que luego resulte

que le sabíamos ya!

Obocaj.—No está mal hecho. Pero son 146 versos en silva. ¿Dónde vamos á meter todo eso?

Sr. D. V. F.—Madrid.—Vamos á ver: ¡le parece á V. que tiene doce sílabas este verso:

«Ella, ella, la mujer que alagüños»

Pues no las tiene. Ni *acher* tampoco. Y le hace falta una.

Sr. D. P. J. P.—Barcelona.—Es poquita cosa.

Sr. D. H. H.—Madrid.—Ídem id. id.

Zamarrilla.—Aranjuez.—¿Y qué adelantamos con eso, si no firma V.?

S. S.—Recibida y enterado. Una contrariedad más, ¡no es eso! ¿Pues no desistió! ¡Tendría que ver!



—El 4.528! ¿Quién quiere la suerte?

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DEBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2 segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
 CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFÉS
 26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 Y PARA SU DIRECTOR
 LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
 TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARIS
 Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursales..... Montera, 8
 Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLÍTICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas a fin de mes, y se retirará el paquete a los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán a todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios mercados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda
 DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO